

EDITH WHARTON

Una mujer rebelde en la edad de la inocencia

Jorge Freire

A black and white close-up portrait of Edith Wharton. She has short, wavy, light-colored hair and is looking slightly upwards and to the right with a thoughtful expression. She is wearing a dark garment with a white fur collar on the right side and a pearl necklace.

ALREVÉS
NO-FICCIÓN

Jorge Freire (Madrid, 1985). Filósofo y politólogo de formación, se dedica a la docencia. Escribe habitualmente en diversas revistas de literatura y teoría política.

Edith Wharton fue la gran cronista de un mundo que dejaba de existir. Las jerarquías del viejo Nueva York se tambaleaban frente a la opulenta prodigalidad de los nuevos ricos, procedentes de la industria y la banca, que erigían palacetes en la Quinta Avenida, celebraban las más lujosas fiestas y se infiltraban por las grietas de una alta sociedad que, pocos años antes, los habría excluido sin miramientos.

Nacida en plena guerra civil americana, Edith Wharton (1862-1937) encomendó su escritura a la tarea de cuestionar el papel que la sociedad de su tiempo asignaba a la mujer. Su infancia en Europa y un precoz descubrimiento de la literatura le abrieron las puertas de un mundo vedado a sus coetáneas, confinadas al cultivo de las buenas maneras.

Fue la primera mujer que obtuvo el Pulitzer y una de las primeras reporteras bélicas de la historia. Su presencia en primera línea de trincheras, durante la Gran Guerra, le valió la Legión de Honor francesa. Vivió tres décadas de infelicidad conyugal y se enfrentó al filisteísmo de una sociedad pacata. Escribió cuarenta y ocho libros e infinidad de poemas.

Con este libro, Jorge Freire trata de abarcar en su totalidad, por primera vez en España, la época, vida y obra de una de las mejores escritoras del siglo XX.

EDITH WHARTON

Una mujer rebelde en la edad de la inocencia



EDITH WHARTON

Una mujer rebelde en la edad de la inocencia

JORGE FREIRE

ALREVÉS
BARCELONA 2015

Primera edición: febrero de 2015

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:

EDITORIAL ALREVÉS, S.L.

Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a

08034 Barcelona

info@alreveseditorial.com

www.alreveseditorial.com

© Jorge Freire, 2015

© de la presente edición, 2015, Editorial Alrevés, S.L.

ISBN digital: 978-84-15900-76-4

Código IBIC: DS

DL B 937-2015

Diseño de portada: Mauro Bianco

Producción del ebook: booqlab.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de

Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Para Nadia Khalil, camino alegre y cierto

EXORDIO

Cuenta la leyenda que, nada más franquear el portón de la editorial Scribner, situada en plena Quinta Avenida, el veinteañero F. Scott Fitzgerald fue informado de que en una sala contigua se encontraba la afamada escritora Edith Wharton. Movido por un súbito impulso, Fitzgerald traspasó la estancia a rápidas zancadas y se lanzó a sus pies.

Edith Wharton era la gran cronista de un mundo que dejaba de existir. Las jerarquías del viejo Nueva York se tambaleaban frente a la opulenta prodigalidad de los nuevos ricos, provenientes de la industria y de la banca, que erigían palacetes en la Quinta Avenida, celebraban las más lujosas fiestas y comenzaban a infiltrarse por las cesuras de una alta sociedad que, pocos años antes, los habría excluido sin miramientos.

Wharton había encomendado su escritura a la tarea de cuestionar el papel que la sociedad de su tiempo asignaba a la mujer. Nacida en plena guerra civil americana, Wharton era la hija menor de una adinerada familia neoyorquina. Su infancia en Europa y el descubrimiento de la lectura le abrieron un mundo vedado a la mayoría de sus coetáneas, confinadas al ejercicio del saber estar y el cultivo de las buenas maneras.

Su eminencia estética la hace superior, en opinión del crítico Harold Bloom, a cualquier otra novelista

norteamericana. Fue la primera mujer que obtuvo el Pulitzer y una de las primeras reporteras bélicas de la Historia. Su presencia en primera línea de trincheras durante la Gran Guerra le valió la Legión de Honor francesa. Escribió cuarenta y ocho libros e infinidad de poemas y artículos.

Una vida de éxitos y sinsabores. Vivió tres décadas de infelicidad conyugal y, a los cuarenta y cinco años, se adentró por las enmarañadas sendas del adulterio, embarcándose en una apasionada aventura con un periodista de un diario parisino. Sorteando las cargas de caballería de una sociedad pacata y filistea, afrontó un duro proceso de divorcio.

Este libro trata de abarcar en su totalidad, por primera vez en España, su época, vida y obra.

Moviéndose en territorios contiguos y comarcanos, dos figuras complementan a la de Edith y terminan de perfilar, con inteligencia y perspicacia, una época vibrante: Alice James, la enfermiza hermana del novelista Henry James, cuyo diario hizo de ella un icono feminista, y el filósofo George Santayana, pensador español exiliado en Estados Unidos que compartió con Wharton talento, carácter y afinidades electivas. Todos ellos sortearon embestidas, rompientes y tempestades, dirigiendo el timón de su existencia con pulso firme, e hicieron oídos sordos de los cantos de sirena de una sociedad que había hecho de las promesas ilusorias de libertad total su portaestandarte. Frisando la madurez, los tres llegaron a la conclusión —cada uno a su manera y bajo sus respectivas circunstancias—de que todo es vanidad.

MIRAR POR LA OTRA VENTANA

El disimulo parece estar de moda.

Jane Austen,
Orgullo y prejuicio

Circulaban tartanas y carruajes de todo tipo, desde amplias berlinas, birlochos abiertos por los costados y elegantes landós de cuatro caballos hasta pequeñas carretelas y estrechos cupés que el cochero conducía desde un pescante situado en la parte posterior de la caja. La ringlera de casas bajas particulares, a las que el color pastel de la piedra arenisca otorgaba una apariencia uniforme, solo se veía interrumpida por una pequeña parcela de terreno donde pastaban tranquilamente unas cuantas vacas. De esta guisa lucía la Quinta Avenida en 1870.

Enguantada en un mitón blanco que dejaba sus dedos al descubierto, la pequeña *Pussy Jones* se aferraba a la mano desnuda de su padre, camino de Madison Square. Un gorro de blanco satén festoneado con terciopelo verde le protegía el cuello del frío mediante un *bavolet* —una cortinilla de crinolina muy habitual en la época posterior a la guerra civil— y un velo de gasa blanca le envolvía las mejillas. Fue entonces cuando, por primera vez en su vida, percibió la importancia del vestir y fue consciente de sí misma como sujeto de adorno.

Los Jones eran una de las familias más prestigiosas, respetadas e influyentes del Nueva York del siglo XIX. Los tres siglos de ascendencia colonial ligados a la ciudad atestiguaban su completa ausencia de méritos militares, ambiciones políticas y responsabilidades sociales. La saga Jones era un clan patricio que, durante generaciones, no había hecho nada destacado, aparte de amasar dinero y adquirir propiedades, por lo que el cogollo burgués neoyorquino resultaba especialmente apropiado para ellos.

La Ley de Reclutamiento que el Congreso americano aprobó en 1863 llamó a filas a todos los hombres de entre veinte y cuarenta y cinco años, aunque disponía que los ricos podían librarse del servicio militar pagando trescientos dólares. Un deshonesto subterfugio que permitió al Tesoro estadounidense engordar sus arcas en doce millones de dólares. Durante tres días seguidos, cáfilas de obreros blancos, en gran medida irlandeses, protagonizaron violentos disturbios en la ciudad de Nueva York. Asaltaron la oficina de reclutamiento y atacaron tanto casas de ricos, que los despreciaban, como de negros, con quienes se disputaban empleos de estibadores, camareros y criados.

Con el correr del tiempo, la propia *Pussy*, ya convertida en Edith Wharton, escribió un cuento cuya infortunada protagonista, hija de un matrimonio frívolo e irresponsable, descubre con horror que su adorado esposo, un *gentleman* bostoniano al que tenía en inmejorable estima, era otro escaqueón que se había librado de la guerra. Para Edith, el problema no residía en la injusticia económica de la cláusula, sino en la decisión de eludir una responsabilidad cívica. Grandes figuras como Grover Cleveland o Theodore

Roosevelt, cuyo hijo Teddy trabaría una fuerte amistad con Edith, hicieron lo mismo. Como descubrió al cabo de los años, su propio padre se había acogido a dicha cláusula para evitar alistarse.

Edith encontró un imprevisto referente moral cuando, en una visita a Washington D. C., descubrió la figura de su bisabuelo, representado con su uniforme militar en unos murales pasados de moda sobre la Fiesta del Té. Imbuida de fervor patriótico, vio en él a un ciudadano modelo opuesto a sus propios padres, indiferentes a su linaje y a la Historia. Ebenezer Stevens había sido general de artillería en la guerra de la Independencia y, en su madurez, se había convertido en un destacado prohombre de la administración neoyorquina. Tras hacer fortuna con el comercio, fundó una residencia campestre en lo alto de una loma cubierta de bancales a la que llamó The Mount. Edith lo imitaría al cabo de los años.

Era la tercera hija de Lucretia Stevens y George Frederic Jones. Llevaban casados dieciocho años y tenían dos hijos —Frederic, de dieciséis, y Henry, de once— cuando, en 1862, nació Edith. Un alumbramiento tardío que desató un pandemio de especulaciones en torno a las costumbres de Lucretia e hizo correr hablillas sobre la paternidad de Edith. Una versión afirmaba que su auténtico padre era un tutor de sus hermanos que respondía al nombre de James Blake. Este encontró su heroico final luchando, bajo las órdenes del general Custer, en la batalla de Little Big Horn en 1876. Solían oponerse dos objeciones a esta teoría. Por un lado, quienes marcharon a Montana a guerrear en defensa de los *lakota* eran, generalmente, inmigrantes sin estudios. Por otro, ningún James Blake figuraba en la lista

de bajas del ataque relámpago que despachó a Custer y los suyos en veinte minutos. Siempre planeó, empero, la figura de un veterano de la guerra civil que había luchado codo con codo con Caballo Loco, Toro Sentado y Lluvia en la Cara, que hubo de escapar tras dejar embarazada a la mujer de su empleador y que murió al pie del cañón, como buen artillero, y *con las botas puestas*, como rezaba la película en que Errol Flynn encarnase al mítico Custer.

Otra versión, quizá de más peso, señalaba a Henry Peter Brougham, un ingenioso lord escocés, pelirrojo, apasionado y liberal, que luchó contra la esclavitud y batalló por reformas educativas. Brougham, un estudioso de las leyes físicas, no solo fundó la afamada Sociedad Especulativa de Edimburgo, sino que llegó a ministro de Justicia y lord canciller y hasta dio su nombre al elegante carruaje de caballos, el *brougham*, que aparece frecuentemente en las novelas de Sherlock Holmes. Sin embargo, nunca rayó su popularidad a tanta altura como cuando defendió a la reina Carolina de la acusación de infidelidad que presentó su marido. Su retrato en infinidad de *pubs* confirma lo famoso que llegó a ser. En cuanto a la hipótesis, ¿resulta esta plausible? Es sabido que, tras mudarse a Cannes y convertir su Villa Eléanore en un frecuentadísimo punto de reunión de americanos pudientes, los Wharton hicieron alguna que otra visita durante la primavera de 1861. Echen cuentas. Quienes contemplaron su cabecita roja no dudaban: la pequeña *Pussy* era el vivo retrato de Brougham.

El atractivo de la teoría es, en cualquier caso, muy distinto: Brougham reservaba un profundo amor a la literatura, disfrutaba de la conversación inteligente y era

una mente brillante cuyo carácter lo hacía emparentar con quien, al hilo de los años, se convertiría en la gran escritora de su tiempo.

Ambas sospechas se conducen por la misma intuición: los ambiguos deseos y el temperamento voluble de Lucretia, dos de los atributos que la sociedad de la época reservaba preferentemente a la mujer, y el carácter sumiso y despistado de George, que parece asentarse en certezas.

El nacimiento de Edith Newbold Jones coincidió con dos ruidosas controversias. Por un lado, el divorcio de Mary Stevens Strong, hija de un banquero y prima de Lucretia, y Peter Remson, primo de George. El juicio por la custodia de los tres hijos fue acompañado por furiosos editoriales que bramaban contra la decadencia moral de la ciudad y los efectos de la industria del entretenimiento. Se descubrió, por otro lado, que George Alfred Jones, primo de Edith, había defraudado a algunas de las principales familias neoyorquinas, como los Chadwick y los Coster, para mantener a su amante. Cuando, para evitar un proceso penal, George y su mujer entregaron parte de sus propiedades y se mudaron a Connecticut, la familia cubrió un tupidísimo velo sobre su nombre. Solo las niñeras se atrevían a pronunciar en vano el nombre de George Alfred Jones, convertido en coco y camuñas de terror infantil.

El escándalo siempre planeó sobre la familia de Edith. Cuando, a finales del siglo XIX, su hermano mayor Frederic fue cazado en un *affaire* con una nueva rica, no encontró otra salida que exiliarse a Francia y adoptar otra identidad. Varios años más tarde, Frederic volvió a liar la madeja cuando, tras enamorarse de una europea que se presentaba falsamente como baronesa y después de